

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS
DE BARCELONA

SECCION OFICIAL

ACTA DE LA SESIÓN EXTRAORDINARIA

*celebrada el día 15 de los corrientes, en honor del eximio novelista español
D. José M.^a de Pereda.*

En el Salón de Actos del Colegio, y ante numerosísima y selecta concurrencia, celebró nuestra Academia sesión extraordinaria, en el día antes calendado, empezando á las 4 y media de la tarde. Ocupaban la presidencia de honor el Sr. Gobernador Civil, D. Nicolás M.^a de Ojeste; los Sres. Pereda, padre é hijo; el Presidente de la Academia de Legislación y Jurisprudencia, D. Felipe Bertrán de Amat; el General Inspector de Sanidad militar, D. Federico Illas; el Rector del Colegio, Padre José Gispert; el Catedrático de la Universidad, D. Bartolomé Feliu; el Canónigo D. Anselmo Casanovas, y varias otras personas distinguidas, así eclesiásticas como seglares. Componían la presidencia efectiva los individuos de la Junta Directiva de la Academia Calasancia.

Lefda por el Infrascrito el Acta de la sesión celebrada por la Junta Directiva, el día dos del presente Mayo, en la que se tomó el acuerdo de dedicar una Velada literario-musical al novelista popular D. José M.^a de Pereda, y habiendo consignado que el gran novelista había prometido, el día 9 de los corrientes, asistir á la Velada proyectada, siempre que no tuviera carácter personal, levantóse el Presidente de la Academia, Dr. D. Narciso Pla y Deniel, y en una brillante peroración dió la bienvenida al Sr. Pereda, y explicó el objeto de la fiesta que iba á celebrarse y con la cual la Academia Calasancia queria tributar solemne homenaje de respeto al primero de los novelistas españoles contemporáneos.

A continuación, los Académicos D. Mariano Vinyas y D. Ignacio Gavín interpretaron al piano la difícil y melodiosa *Sinfonía de Secchi*, superando con notable maestría las dificultades que ofrece, y conquistándose una nutrida y prolongada salva de aplausos. El Académico de Número, D. Joaquín Baró y Comas, leyó con buena y sentida entonación la poesía catalana del Académico D. Claudio Planas, «Lluyta Eterna,» siendo muy aplaudido. El Académico de Número y Vocal de la Junta Directiva, D. Arcadio de Arquer, expuso, en un correcto y bien pensado discurso, su criterio acerca de las obras de Pereda. Exa-

minó las tendencias de las distintas escuelas literarias, afirmando que la literatura genuinamente española no es sistemática, ni se atiene á los moldes recomendados por esta ó aquella escuela, sino que sencilla, franca y suelta y soberanamente independiente, como lo atestiguan Fernán Caballero, Alarcón, Trueba y otros, se desarrolla fresca y lozana en el ambiente español y se solaza en las costumbres de nuestros pueblos, sentando en conclusión que el mejor y más excelso de nuestros novelistas es el célebre Pereda, por ser el más genuinamente español de cuantos honran con su pluma las letras patrias. Rechazó la nota de naturalista que algunos han adjudicado á nuestro novelista, al cual ensalzó por la delicadeza de sentimientos morales que reflejan todas sus páginas, y que hacen del Escritor Santanderino un excelente educador de los pueblos, á la vez que un artista consumado. Grandes aplausos siguieron á la lectura de este hermoso discurso. Acto seguido, el Académico D. Alejandro Tornero recitó una poesía, original suya, de carácter festivo, que fué escuchada con marcada complacencia y coronada al final con nutridos y estrepitosos aplausos.

El Académico de Número D. Jorge de Satrústegui, acompañándole al piano D. Agustín Quintas, ejecutó al violín un precioso zorzico, aire popular vascongado, canto lleno de armonía y sencillez, que fué dicho con mucho sentimiento. Difícil es determinar, si los aplausos que el Académico de Número D. A. Elías arrancó al auditorio, dando lectura de la poesía de Pereda *El Jándalo*, se referían á las bellezas literarias que la composición contiene, ó al gracejo y distinguida naturalidad con que fué recitada. Verdad es que Autor y Lector merecían la ovación que se les hizo.

Acto seguido, el Académico D. Alejandro Tornero leyó un elocuente Discurso sobre el *Carácter de la Novela Contemporánea*. En brillantes períodos expuso la génesis y desarrollo del contemporáneo naturalismo, contrabando literario que nos viene del otro lado de los Pirineos, y que á pesar de su fisonomía exótica ha sido bien recibido y aún agasajado y hasta recomendado al pueblo español por novelistas de no escaso mérito literario. Hizo observar la reacción saludable que contra esas tendencias naturalistas se está operando, prefiriéndose en la actualidad un realismo juicioso y estético, cuyo primer campeón es el Sr. Pereda, que con sus inimitables producciones literarias lo ha aclimatado y rodeado de prestigio. Analizó diversos pasajes de nuestro gran novelista para hacer resaltar la verdad y la belleza que en ellos campean. La realidad viviente que palpita en las novelas de Pereda, y que es tan genuinamente española como estéticamente amable y atractiva, separa por igual á nuestro gran novelista del idealismo fantástico y del naturalismo grosero, asegurando la inmortalidad á esas novelas que hoy forman las delicias de los españoles que leen. Varias veces fué interrumpido en su lectura el Sr. Tornero por atronadores aplausos, con los cuales el público demostraba que reconocía el mérito del disertante y que admiraba al Autor de aquellas hermosas escenas por el orador recordadas.

El Académico de Número D. Bartolomé Canals, leyó con corrección y hermoso colorido la poesía catalana del Académico Sr. Planas, titulada *L'arpa rompuda*, composición de una ternura insuperable, y que fué grandemente aplaudida. D. Mariano Tomás, Académico de Número, interpretó al violoncello, acompañándole al piano el Académico de Número D. José A. Sala, la pieza *Reverie* de Dunkler, distinguiéndose

por la limpieza y precisión con que salvó los difíciles saltos que en esa composición abundan. La ejecución resultó irreprochable. El Académico de Número D. Luis Masriera leyó el final de la composición del ilustre Sr. Pereda, titulada *Palique*, habiendo sido alguna vez interrumpido por la explosión del entusiasmo que la lectura producía en el Auditorio. Contribuyó no poco al éxito obtenido por el señor Masriera, la maestría con que el Sr. Pereda presenta las justas reivindicaciones del regionalismo contra el centralismo madrileño.

Entre estrepitosos aplausos de la selecta concurrencia, levantóse el Sr. D. José M.^a de Pereda, quien en testimonio de consideración á la Academia Calasancia, quiso leer el cuadro literario titulado «Las de Cascajares,» que excitó una explosión de entusiasmo entre los concurrentes. El Sr. de Pereda pudo convencerse de que el auditorio le admiraba y le profesaba verdadera simpatía. Terminó la sesión con el Quinteto de Ravina *Adoremus*, interpretado esmeradamente al piano, armonium, violín y violoncello, por el Sr. Quintas, y los Académicos D. Mariano Vinyas, D. Jorge de Satrústegui, D. Eusebio de López y D. José Oller. Un nutrido aplauso indicó la complacencia con que el auditorio había escuchado el Quinteto.

Antes de declarar terminada la sesión, el Excmo. Sr. Gobernador hizo uso de la palabra, para adherirse á la manifestación que la Academia Calasancia había hecho en honor del Sr. Pereda, de quien se mostró admirador entusiasta. Felicito á los Académicos por las gallardas muestras que de su valer habían dado, y añadió que una Sesión como la que había presidido sólo podía ser improvisada por una Academia que contara con elementos valiosísimos que le aseguraban un porvenir brillante. Eran las siete cuando el Sr. Gobernador levantó la sesión.

El Secretario,

JOSÉ M.^a DE ÓLALDE.

Barcelona 16 de Mayo de 1892.

Carta de Su Santidad á los Cardenales franceses

LEÓN PAPA XIII

A nuestros carísimos hijos los Cardenales Florián, Cardenal Desprez, Arzobispo de Tolosa; Carlos, Cardenal Lavigerie, Arzobispo de Argel y de Cartago; Carlos Felipe, Cardenal Place, Arzobispo de Rennes; José, Cardenal Foulón, Arzobispo de Lyon; Benito María, Cardenal Langenieux, Arzobispo de Reims; Francisco, Cardenal Richard, Arzobispo de París.

NUESTROS CARÍSIMOS HIJOS:

Grande ha sido Nuestro consuelo al recibir la carta en que os adherís, de acuerdo unánime con todo el Episcopado francés, á Nuestra Encíclica *En medio de las solicitudes*, y Nós dais gracias

por haberla publicado, protestando con los más generosos acentos de la *unión íntima que une á los Obispos de Francia, y en particular los Cardenales de la Santa Iglesia*, con la Sede de Pedro.

Esta Encíclica ha hecho ya mucho bien, y esperamos que lo hará más todavía en adelante, á pesar de los ataques de que ha sido objeto por parte de hombres apasionados; ataques que, por lo demás, han dado ocasión—nos complacemos en decirlo—á que surjan valerosos defensores.

Nós habíamos previsto los ataques. Donde quiera que la agitación de los partidos políticos conmueve profundamente los ánimos, como ahora sucede en Francia, es difícil que todos rindan inmediatamente á la verdad aquel tributo de plena justicia que de derecho le corresponde. Mas ¿por esto Nos habíamos de callar? Qué! ¿Francia sufre, y Nós no habíamos de sentir en el fondo del alma los dolores de esta hija primogénita de la Iglesia? ¿Francia, que ha adquirido el título de nación *crístianísima*, y que por nada lo renunciaría, se revuelve angustiosamente contra la violencia de los que quisieran descristianizarla, y ponerla por bajo de todos los pueblos, y Nós hubiéramos dejado de hacer un llamamiento á los católicos, á todos los franceses honrados, para conservar á su patria esta fe santa que constituye la grandeza de su historia? No lo quiera Dios.

Y cada día Nos persuadimos más de que en la prosecución de este resultado la acción de los hombres de bien estaba paralizada por la división de sus fuerzas. De aquí lo que hemos dicho y repetimos á todos: «Nada de partidos entre vosotros; al contrario, unión completa para sostener de común acuerdo lo que importa más que toda ventaja terrena: la Religión, la causa de Jesucristo. En este punto, como en todo, *buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura.*»

Esta idea madre que predomina en toda Nuestra Encíclica, no se ha ocultado á los enemigos de la Religión católica. Hasta podríamos decir que ellos han sido más perspicaces en comprender su sentido y en medir su alcance práctico. Así, después de la referida Encíclica, verdadera mensajera de paz para todo hombre de buena voluntad, ya se considere el fondo, ya la forma, estos hombres de partido han acentuado su impío encarnizamiento. Varios hechos lamentables recientemente ocurridos que han afligido á los católicos, y hasta, según Nós consta, á hombres poco sospechosos de parcialidad en favor de la Iglesia, lo prueban. Se ha visto claramente á dónde se dirigen los organizadores de este *vasto complot*, como Nós le llamábamos en Nuestra Encíclica, formado *para aniquilar en Francia el Cristianismo*.

Estos tales hombres, aprovechando para sus fines los menores pretextos, y sabiendo en caso de necesidad hacerlos surgir, han tomado pie de ciertos incidentes, que en otras circunstancias hubieran creído inofensivos, para dar rienda suelta á sus

recriminaciones, mostrando así su previa intención de sacrificar á sus pasiones antireligiosas el interés general de la nación, en lo que tiene más digno de respeto.

En vista de estas tendencias y de los males que de ellas proceden con gran perjuicio de la Iglesia de Francia, y que van agravándose de día en día, Nuestro silencio Nos hubiera hecho culpables ante Dios y ante los hombres. Hubiera parecido que Nós mirábamos con indiferencia los sufrimientos de Nuestros hijos los católicos franceses; y se hubiera insinuado que Nós juzgábamos dignas de aprobación, ó por lo menos de tolerancia, las ruinas religiosas, morales y civiles acumuladas por la tiranía de las sectas anticristianas; se Nós hubiera echado en cara que dejábamos sin dirección ni apoyo á todos los franceses animosos que, en las presentes tribulaciones, tienen más necesidad que nunca de ser confortados. Nós debíamos, sobre todo, animar al Clero á quien, contra la naturaleza de su vocación, se le quiere imponer silencio en el ejercicio mismo de su ministerio, aún cuando predique, según el Evangelio, la fidelidad á los deberes cristianos y sociales.

Por lo demás, ¿no es para Nosotros siempre obligación ineludible hablar, suceda lo que quiera, cuando se trata de afirmar Nuestro derecho divino de enseñar, exhortar y advertir, delante de aquellos que, so pretexto de distinción entre la Religión y la política, pretenden circunscribir su universalidad?

He aquí lo que Nos ha determinado á levantar Nuestra voz, por Nuestra propia iniciativa y con pleno conocimiento de causa, y no cesaremos de elevarla cada vez que lo juzguemos oportuno, con la esperanza de que la verdad acabará por abrirse camino hasta en los corazones que la resisten, tal vez con un resto de buena fe. Y como el mal que Nós señalamos, lejos de limitarse á los católicos, alcanza á todos los hombres de buen sentido y de rectitud, á ellos también se dirigía Nuestra Encíclica, para que todos se apresuren á detener á Francia en la pendiente que la conduce á los abismos. Ahora bien, estos esfuerzos serían radicalmente estériles si faltase á las fuerzas conservadoras la unidad y la concordia en la prosecución del objeto final, es decir, la conservación de la Religión, porque ahí debe encaminarse todo hombre honrado y todo amigo sincero de la sociedad: Nuestra Encíclica lo ha demostrado ampliamente.

Pero una vez precisado el objeto, y admitida la necesidad de la unión para alcanzarle, ¿cuáles serán los medios de asegurarla?

Ya lo hemos explicado y tenemos que repetirlo, para que nadie se equivoque acerca de Nuestra doctrina; uno de los medios es aceptar sin reservas mentales, con la perfecta lealtad que conviene al cristiano, el poder civil en la forma en que de hecho existe, como se aceptó en Francia el primer imperio, tras de una horrible y sangrienta anarquía, como los demás poderes,

ya monárquicos, ya republicanos, que se sucedieron hasta nuestros días.

Y la razón de que se acepten, es que el bien común de la sociedad prevalece sobre todos los demás intereses, como principio creador, como elemento conservador de la sociedad humana, por lo cual todo verdadero ciudadano debe querer y procurar esto á toda costa. Pues de esa necesidad de asegurar el bien común deriva, como de su propia fuente y de su origen inmediato, la necesidad de un poder civil, que orientándose, conforme al fin supremo, dirija á él prudente y constantemente las voluntades de los súbditos agrupados como en un haz en su mano. Pues si en una sociedad existe un poder constituido y funcionando, el interés común se encuentra ligado á ese poder, y por eso debe aceptarse tal como es. Por eso y en ese sentido hemos dicho á los católicos franceses: aceptad la República, esto es, el poder constituido que entre vosotros existe; respetadle, someteos á él como representante del poder venido de Dios.

Pero hay hombres pertenecientes á distintos partidos políticos, y aún sinceramente católicos, que no se han dado cuenta de nuestras palabras, tan sencillas por otra parte y tan claras, que parece no debían dar lugar á falsas interpretaciones.

Piénsese bien en esto. Si el poder político es siempre de Dios, de ahí no se deducirá que la designación divina afecte siempre é inmediatamente á los modos de transmisión de ese poder, ni las formas contingentes que reviste, ni las personas que lo representan, variedades de esos modos en las diferentes naciones, que muestran evidentemente el carácter humano de su origen.

Hay más. Las instituciones humanas mejor fundadas en derecho, y establecidas con miras las más saludables, para dar á la sociedad más permanente asiento é imprimirle más poderoso desarrollo, no siempre conservan su vigor conforme á las cortas previsiones de la humana prudencia.

En política más que en nada sobrevienen inesperados cambios; derrúmbanse ó se desmembran colosales monarquías, como los antiguos reinos de Oriente y el Imperio romano; dinastías suplantán á dinastías, como los Capetos á los Carlovingios en Francia; á las formas políticas adoptadas reemplazan otras formas, de lo que hay tantos ejemplos en nuestro siglo. En su origen, esos cambios están lejos de ser legítimos, y hasta es difícil que lo sean. Con todo, el criterio supremo del bien común y de la tranquilidad pública imponen la aceptación de esos nuevos Gobiernos establecidos de hecho, en vez de los Gobiernos anteriores que de hecho no existen. Así se encuentran suspendidas las reglas ordinarias de la transmisión de los poderes, y también puede suceder que con el tiempo se encuentren abolidas.

Sea lo que fuere de estas transformaciones extraordinarias en la vida de los pueblos, cuyas leyes sólo á Dios es dado calcular, como al hombre le es dado utilizar sus consecuencias, la conciencia y el honor reclaman en cualquier situación una subordinación sincera á los Gobiernos constituidos; la exige ese derecho soberano, indiscutible é inalienable, que se llama la razón del bien social. ¿Qué sería, en efecto, del honor y de la conciencia si le fuera permitido á cualquier ciudadano sacrificar á sus particulares miras y á sus inclinaciones de partido los beneficios de la tranquilidad pública?

Después de haber establecido sólidamente en nuestra Encíclica esta verdad, hemos formulado la distinción entre la legislación y el poder político, habiendo demostrado que la aceptación de lo primero no implicaba en manera alguna la aceptación de lo segundo en los puntos en que el legislador, olvidado de su misión, se manifieste en oposición con la ley de Dios y con la Iglesia. Y fíjense todos bien: desplegar su actividad y usar de su influencia para arrastrar á los Gobiernos á cambiar y encarrilar por la senda del bien las leyes necias ó inicuas, es dar muestras de un amor á la patria, tan valiente como racional, sin demostrar la menor sombra de hostilidad á los poderes encargados de dirigir los asuntos públicos. ¿Quién pretenderá denunciar á los cristianos de los primeros siglos como enemigos del Imperio romano, porque no se doblegaban ante sus prescripciones idolátricas, y porque se esforzaban en obtener su abolición?

En el terreno religioso, de este modo comprendido, pueden y deben hallarse de acuerdo los diversos partidos políticos conservadores. Pero los hombres, que todo lo subordinarían al previo triunfo de su respectivo partido, aún bajo el pretexto de que les pareciese más apto para la defensa de la Religión, preferirían desde luego la política que divide, á la Religión que une, aunque de hecho hubiera que atravesarse un período de funesto trastorno para las ideas. Y culpa de ellos fuera si nuestros enemigos, explotando y aprovechando sus divisiones, como hasta ahora lo han hecho, llegasen por fin á aniquilarlos á todos.

Se ha pretendido que, al enseñar estas doctrinas observábamos con Francia diferente conducta de la que seguíamos con Italia, de suerte que Nos contradecíamos. Y eso no es cierto. Nuestro fin, al decir á los católicos franceses que acepten el Gobierno constituido, no ha sido ni es otro que la salvación de los intereses religiosos que se Nos han confiado. Y esos son, precisamente, los que Nos imponen, en Italia, el deber de reclamar incesantemente la plena libertad que requiere Nuestro sublime ministerio de Jefe de la Iglesia católica, encargado del gobierno de las almas; libertad que no existe allí donde el Vicario de Jesucristo no es verdadero soberano en su residencia, independiente de toda humana soberanía. ¿Qué deducir de esto sino que la

cuestión que Nos concierne en Italia es eminentemente religiosa, como unida que está al principio fundamental de la libertad de la Iglesia? Así es que en Nuestra conducta para con las diferentes naciones, no dejamos de hacer que todo contribuya al mismo fin: la Religión, y, por medio de ella, la salvación de la sociedad, la felicidad de los pueblos.

Nós hemos querido, amados hijos, confiaros todas estas cosas para aliviar Nuestro corazón, y al mismo tiempo confortar los vuestros. Las tribulaciones de la Iglesia no pueden menos de ser muy amargas para el alma de los Obispos, y más todavía para la Nuestra, porque somos el Vicario del que dió, para formar su Santa Iglesia, toda su sangre. Esas amarguras, sin embargo, lejos de abatirnos, Nos estimulan para armarnos de nuevo valor y afrontar las dificultades de la hora presente. Resulta asimismo para Nosotros un aumento de celo en favor de esa Francia católica, tanto más digna de Nuestro paternal afecto, cuanto de Nós solicita con más filial confianza, aliento, protección y auxilio.

Esos sentimientos son también los vuestros, queridísimos hijos, y de ello Nos dais prueba, y de ello también Nos convencemos, cuando unos en pos de otros, venís á Nós á darnos cuenta de vuestro ministerio y á hablar acerca de los sagrados intereses que nos han sido confiados. Entre los motivos de confianza que Nos regocijan, esa unanimidad es, sin duda, uno de los más poderosos, y en el fondo de Nuestro corazón damos á Dios las gracias. Contamos con que proseguireis en vuestro celo, secundando Nuestra paternal solicitud por la querida nación francesa. Y os damos, queridísimos hijos, á vosotros, á vuestro Clero y fieles de vuestra diócesis, con toda la efusión de Nuestro corazón, la Bendición Apostólica.

Dado en Roma el 3 de Mayo del año 1892; de Nuestro Pontificado el décimoquinto.

LEÓN, PAPA XIII.

REVISTA DE LA QUINCENA

Finalmente tienen ya Ministerio los partidarios de la unidad italiana, Ministerio compuesto de amigos del trigamo Crispi, y tan resuelto á mantener la triple alianza como á hostilizar al Vaticano. Larga y laboriosa ha sido la crisis promovida por la dimisión de Rudini, porque la solución debía satisfacer á dos aspiraciones al parecer inconciliables: debía mantener intangible la triple alianza, como base indiscutible de la política exterior; y debía aligerar la carga enormísima del presupuesto de Guerra y Marina, que empobrece aceleradamente á la Italia. Pero la reduc-

ción del contingente armado era contraria á los compromisos de la triple alianza, mientras el mantenimiento del presupuesto de Guerra y Marina levanta un clamoreo universal de protesta en todos los puntos de la Península. No conocemos, á la hora en que esto escribimos, el programa del nuevo Ministerio; pero dada la significación política de Giolitti y de sus colegas, y recordando los últimos discursos de Giolitti y de Ellena, que hicieron imposible la continuación del Ministerio Rudini, podemos asegurar que la política italiana continuará adherida á la triple alianza, de la cual son partidarios todos los individuos del nuevo Gabinete, y que la disminución del presupuesto de Guerra y Marina, ó será una vana esperanza, ó será una realidad insignificante, ya que los intereses y compromisos de la triple alianza exigen que Italia continúe sacrificándose en aras del Ejército y de la Armada.

Algún cambio puede ocurrir en las relaciones del Gobierno con la Santa Sede. Los nuevos Ministros gobernarán con el apoyo de Crispi y Zanardelli, y sabido es que estos dos hombres políticos representan en Italia el ideal y las fuerzas de la masonería, y son enemigos implacables del Pontificado. Quizás por esta causa arrecie la hostilidad de la Italia oficial contra el Vaticano.

*
* * *

León XIII continúa ocupándose con preferencia en la situación de la Iglesia católica francesa. Con muchísimo gusto honramos hoy nuestra Revista insertando la Carta que S. S. ha dirigido recientemente á los Cardenales franceses. Es el documento pontificio una confirmación y aclaración de la Encíclica que el Papa dirigió á los católicos franceses, aconsejándoles la aceptación sincera y leal de la forma republicana. Cree el Vicario de Jesucristo que la salvación de los intereses católicos de Francia, depende única y exclusivamente de la unión de los fieles y de todos los ciudadanos honrados, contra los políticos que se proponen descristianizar á la *Hija primogénita de la Iglesia*; y siendo imposible esa unión mientras existan partidos católicos que se jacten de restituir á la Iglesia sus derechos y libertades y su legítima influencia; aconseja León XIII á los católicos franceses que prescindan de sus preferencias políticas, y que colocándose resueltamente dentro de la constitución republicana, trabajen por cristianizar á la República, ya que ésta es la forma de Gobierno que la Francia ha adoptado. Laméntase también S. S. de que algunos políticos se resistan á esa aproximación hacia la República, bajo el pretexto de que la Monarquía serviría mejor á la Iglesia, y afirma con tesón apostólico, que es ilícito combatir la forma de Gobierno en Francia vigente; que es ilícito trabajar por sustituirla con otra forma; que es un deber de concien-

cia aceptar el orden constituido, y que si bien deben los católicos combatir las leyes secularizadoras dadas por la República, no pueden atacar á esta misma República ni al Poder civil que la representa. Más ha hecho aún León XIII: ha ordenado al Cardenal Richard la disolución del *Comité de la unión cristiana*, porque esta sociedad se esforzaba en hacer política católica y monárquica. La única política católica en Francia, es, según León XIII, la política republicana, porque ésta es la única que respeta á los poderes legales, á quienes se debe sumisión y obediencia.

Esas enseñanzas, y esa actitud del Pontífice Romano tienen alarmados á los partidarios de la antigua monarquía, que no acaban de resolverse á contribuir á la consolidación de la República, siguiendo los consejos del Vaticano. Algunos han vertido la especie de que su deber es colocarse en una actitud completamente pasiva, esperando que la avanzadísima edad del Papa les devolverá pronto la libertad de acción, para trabajar de nuevo en favor de la restauración monárquica. También han recordado algunos periódicos realistas, que los últimos documentos pontificios no atañen á la moral evangélica y al dogma; como si el Papa no pudiera gravar la conciencia de los católicos sino cuando habla como Maestro Infalible. Por nuestra parte, á la vez que lamentamos esas resistencias á la acción directriz de Roma, abrigamos el íntimo convencimiento de que la política del Papa saldrá triunfante en la Nación vecina, auxiliada como se halla por la acción del Episcopado, y que, en consecuencia, la República francesa se reconciliará con la Iglesia. Quiera Dios iluminar á los católicos franceses, para que siguiendo las enseñanzas del Jefe augusto del Catolicismo, se apresten á trabajar, bajo la dirección de los Prelados, en favor de una República cristiana.

*
* *

Imposible es desconocer la trascendencia de la política con tanta firmeza seguida por León XIII. Es evidente que si los franceses católicos, y todos los ciudadanos honrados de la Nación vecina, pues á todos ellos el Papa se dirige, logran vencer las naturales repugnancias que el espíritu de partido les sugiere, y se determinan por fin á declararse franca y lealmente republicanos, la República quedará sólidamente establecida en Francia y adoptará un carácter esencialmente conservador, y habrá llegado para la Europa la hora del triunfo definitivo de la democracia cristiana. Tal es el deseo y la esperanza de León XIII, quien ve en Francia elementos bastantes para constituir una República católica y conservadora, mientras desconfía de poder llegar á una restauración monárquica. El triunfo de la política de León XIII, asegurando el porvenir de la República francesa y su reconcili-

liación con la Iglesia, ha de llevar necesariamente consigo, en plazo más ó menos lejano, el triunfo de la forma republicana en Italia, España, Portugal, Bélgica y otras naciones más ó menos democráticas, y donde el ideal republicano cuenta con numerosos partidarios. La verdad es que León XIII, en los 14 años de su Pontificado, ha conseguido desarmar á los enemigos de la Iglesia, quienes la combatían en nombre de la libertad política y de la democracia, y ahora resulta que la democracia no tiene otro sostén que el que la Iglesia le presta, siendo poco menos que sinónimas las palabras «política democrática y política católica.» Por esto los partidos radicales y las agrupaciones masonicas combaten con tanto denuedo al Vaticano, que les ha arrebatado la bandera que hipócritamente despleaban, y que ahora flamea gallarda y airosa al frente de las huestes católicas. Hoy sería ridículo perseguir á la Iglesia, como antes del Pontificado de León XIII, invocando los intereses democráticos, el amor á las libertades populares, el odio á la reacción y al despotismo, el culto al progreso, á las ciencias, á las artes; hoy, gracias á la política de León XIII, sólo es posible combatir á la Iglesia en nombre del libertinaje, de la anarquía y del desorden revolucionario.

UN ACADÉMICO.

EL CULTO DE MARÍA Y LAS FLORES DE MAYO

No fué un capricho ni obra del acaso el que la Iglesia, siempre guiada por el Espíritu Santo, señalase el mes de Mayo para dedicar en él sus cultos á María de un modo especial: fué una necesidad de nuestra naturaleza, fué una exigencia del amor que á María profesamos. El culto que rendimos á la Virgen es culto de ternura, de amor, de entusiasmo: y la delicadeza de esta ternura, los afectos de este amor y los ímpetus de este entusiasmo no era posible que quedasen satisfechos más que en este mes, en que la naturaleza hace pomposo alarde de todas sus bellezas y encantos. No deja de guardar cierta simpática analogía la dulce emoción que experimenta el hombre, al contemplar á María, sobrepujando á todas las obras que salieran de las pródigas manos del Creador, con la que brota en su corazón, al presenciar las gracias y bellezas que la naturaleza toda ostenta en este mes de Mayo.

En este dichoso mes, para el hombre cristiano todo es poesía. El murmullo de las aguas, el trinar de las aves y los gemidos de las brisas, en su emocionada fantasía le parecen otros tantos himnos de amor y de alabanza entonados al Autor de tantas maravillas. Cuando al amanecer tiende su vista hacia la pradera

cubierta de verdor y flores, y matizada con las gotas del rocío depositadas en las hojas de las plantas y en los delicados órganos de las flores; cuando el Sol con sus dorados rayos viene á convertir cada una de estas gotas en un nuevo foco de luz, en un hermoso brillante que pagará la belleza que le prestan con el precio de su existencia, en tan vistosa y encantadora perspectiva, contempla enajenado el ideal más perfecto de la belleza; y su corazón, impresionado vivamente, siente con fuerza, y, no pudiendo ya contener en sus limitados senos todo el fuego de amor que en él arde, explota cual nuevo Etna, inflamando y abrasando en este divino fuego todo cuanto le rodea. Pero sube aún de punto su éxtasis amoroso, cuando en ese estado, embriagado ya y loco totalmente de amor, respira el ambiente perfumado por el fragante aroma que de sus nectarios despiden las pintadas flores; entonces no pudiendo resistir ya más á la fuerza de su amor, estático de placer, penetra en el templo para entonar en presencia de María un amoroso y tierno cántico arrebatado a las más delicadas fibras de su sentimiento.

Los Libros Sagrados, y especialmente el «Cantar de los Cantares,» nos presentan á María como el prototipo de la belleza, hermosa con todas las gracias que halló Dios en el tesoro de sus infinitas riquezas. En el capítulo sexto de este libro se nos describen todos los encantos y prerrogativas de que se halla adornada y enriquecida, y después de haber enumerado minuciosamente, en términos los más expresivos y figuras las más bellas, todos y cada uno de esos encantos y prerrogativas, como en compendio de todo lo dicho, añade: «¿Quién es esta que marcha como la aurora al levantarse, hermosa como la Luna, escogida como el Sol?» Verdaderamente María cual naciente aurora empieza ya á esparcir sus lucientes rayos en tiempo de la ley natural y escrita. La hermosa Ester, la casta Judit y la valerosa Débora no son más que un ligero prelude de esta privilegiada Criatura. Pero donde aparece con toda belleza y esplendor es en su Concepción Inmaculada: allí se muestra toda hermosa y sonrosada, toda llena de frescura y encanto, ostentando en profusión las celestiales gracias cual perlas del rocío, y emitiendo en todas direcciones los matutinos rayos de los dones de Dios. En su vida mortal es hermosa como la Luna recibiendo la plenitud de los divinos rayos, y reflejando en su rededor una luz pura, tranquila y suave, á la par que derramando por todas partes los benéficos influjos de su virtud. En la Iglesia por fin, sublimada ya en el empireo y revestida de los fulgores de la Divinidad, María es escogida como el Sol, porque derrama á torrentes la luz de su sabiduría, iluminando á sus Doctores, extirpando las herejías, é infundiendo en los corazones de los fieles las máximas de sus virtudes; porque emite los ardores de su divina gracia, para que las practiquen; porque con su calor divino las fecunda al mismo tiempo, para

que produzcan ópimos y abundantes frutos de santidad. ¡Oh María! verdaderamente Vos sois bella como la aurora, hermosa como la Luna, y escogida como el Sol.

Bajo cualquier punto de vista que consideremos á esta felicísima Virgen, la hallamos siempre como el trasunto más acabado de la belleza y bondad divinas, como el modelo más perfecto de la delicadeza en los sentimientos, de la ternura en los afectos, de la suavidad en todas las manifestaciones. Lo que en ella se nos descubre todo es gracioso y admirable, todo despiende el aroma de la pureza y santidad más perfectas. Si existe, pues, esta perfecta armonía entre los movimientos y afectos que en nuestro corazón se levantan, al contemplar la belleza y atractivos del privilegiado mes de las flores, y los dones y prerrogativas especiales de que se halla adornada la distinguida Virgen de Judá, ¿cómo no consagrar á ella este risueño mes de Mayo? este mes entre todos el más poético, más bello y más encantador? Sí, María es la Reina de las flores, y él nos las ofrece en abundancia, para que la coronemos con ellas: ofrezcámosle, pues, y coronémosla con las bellas rosas en muestra de su caridad; cerquémosla de candidas azucenas en señal de su pureza y candor; rodeémosla de fragantes violetas para simbolizar su profunda humildad.

Por consiguiente, la razón por que consagramos á María el mes de Mayo, es porque la belleza y gracias con que en él se halla engalanada toda la naturaleza, están en perfecta armonía con los sentimientos de belleza y de amor que despiertan en nuestro corazón los encantos y perfecciones con que la mano del Omnipotente la embelleciera; es porque la naturaleza sensible, adornada con todas sus galas y hermosuras, entona á una con la naturaleza racional un cántico de amor y de alabanza á la más bella y encantadora de las criaturas, á la que la divina palabra llama Flor del campo, Rosa de Jericó, Vara de Jesé, Cedro del Líbano, Palma de Cades; es porque la naturaleza en este privilegiado mes de las flores adornada con todos los atavíos con que la embelleciera el que es la misma hermosura, ostentando su vestido de galanas flores, con su faz siempre hermosa y risueña, nos presenta una imagen acabada de la que es embeleso de la Trinidad, asombro de los cielos y orgullo del género humano; es porque el mes de Mayo con su poesía y sus flores nos brinda á que, siguiendo los impulsos de nuestro amante corazón, ofrezcamos á María presentes sencillos, pero puros como lo es el amor que la profesamos, presentes cuya finura y primor superan á la más acabada obra de arte; es en fin, porque en este encantador mes de las flores la naturaleza se nos presenta á la manera que la concebimos sería en aquellos días que constituyeron la dicha de nuestros primeros Padres, mientras perseveraron en su inocencia, y por eso es razón que lo consagremos á la que fué siempre

pura y sin mancha, á la que jamás sintió los deplorables efectos que nos causó el pecado.

La naturaleza, pues, con la imponente majestad del cielo tachonado de estrellas, con el caos de tinieblas que cubren la faz de la tierra, cuando desaparece de su horizonte el benéfico Astro del día, nos invita á adorar al Sér Omnipotente, al Sér que con su fecunda palabra poblara el Universo de rutilantes astros y les dotara de gigantes y acompasados movimientos; pero la naturaleza con sus mimos y halagos, con su alfombra de verdura y su manto de flores nos convida y persuade á amar á María, á la Madre del Amor Hermoso: con sus tempestades, con los mugidos del huracán y los bramidos del mar, con el aspecto aterrador de aquellos móviles montes que se levantan hasta las nubes para hundirse al instante en los abismos que á sus pies se abrieran, con sus rayos cruzando el espacio y el horroroso estallido de los truenos, nos llena de un respetuoso temor y nos obliga á rendir nuestra adoración á ese Dios que mira la tierra y se estremece sobre sus fundamentos, á ese Dios que toca los montes y humean, que pone límites al mar y jamás los traspasa; pero con su embeleso y encantos, con las gracias de que se nos presenta ataviada cuando aparece el Sol por el vecino monte sentado en su trono de arreboles, difundiendo sus dorados rayos en toda la comarca, y celebrando las aves con sus gorgeos la triunfal entrada del Rey del día, nos induce á amar á María, á esa Reina del amor, á la que nos amó primero que la amásemos: con el grandioso espectáculo de inmensas moles de agua que entre peñascos se desplomán á un abismo con estrepitoso ruido y levantando espesísimas nubes de polvo, con el pavoroso asombro que nos causa ver que la tierra oscila debajo nuestros pies, abriéndose á una parte abismos que se tragan pueblos enteros, y á otra levantándose montes que con el fuego y cenizas, que arrojan en columnas que se remontan hasta el cielo, sepultan ciudades y reinos enteros, convirtiendo hermosas campiñas en solitarios desiertos, y populosas ciudades en vastísimos cementerios, nos hace estremecer y doblar la rodilla ante el Dios de la majestad, ante el Dios á quien bastó un solo acto de su voluntad para sepultar en el infierno miles de millones de ángeles rebeldes; pero con el murmullo de los arroyos, cuya pacífica corriente parece que sonríe, con el ósculo de los céfiros, que agitando los ramilletes de las flores difunden su fragante aroma y trasportan á remotas regiones, con ese aspecto encantador que ofrece el conjunto de tantas y tan variadas bellezas, nos convida y decide á que amemos á María, á la que en sí y en un grado más excelente reúne todas las bellezas que ostenta el poético mes de Mayo.

J. C.



LOS GENIOS DE LA ANTIGÜEDAD Y LOS SABIOS DE NUESTROS TIEMPOS

No pocas veces al citar los nombres de Cicerón, Virgilio, Demóstenes, Tito Livio, Pindaro, ó algún otro de aquella ilustre pléyade de poetas, jurisconsultos, historiadores y filósofos que la antigüedad nos ha legado; al contemplar la veneración, la cuasi idolatría con que la sociedad contemporánea pronuncia todavía aquellos esclarecidos nombres; al maravillarnos de cómo hayan, sin mengua de su esplendor, logrado salvar tantos y tantos siglos como de ellos nos separan; nos ha ocurrido esta reflexión, que quizás más de una vez había ocurrido también á alguno de nuestros benévolos lectores. ¿Por qué tanta veneración para los hombres de la antigüedad y tan poca para los de nuestros tiempos? ¿Es que no tenemos en nuestros días hombres comparables á aquellos preclaros ingenios? ¿Es que no existen ya oradores como Demóstenes, ni jurisconsultos como Paulo, ni poetas como Virgilio, ni historiadores como Tito Livio, ni políticos como Pericles, ni generales como César? ¿Es por ventura efecto de un secreto instinto de la humana naturaleza, que nos impulsa á dar con mucha mayor fuerza caracteres de genialidad y grandeza, á lo que de nosotros dista centenares y miles de años, que á lo que á nuestra generación pertenece? ¿Es quizás porque á las obras de los modernos les falta aquel sello de autoridad, que á las de los antiguos ha dado una continua consagración de los siglos? ¿Es tal vez que esta especie de veneración que por los poetas é historiadores de la antigüedad sentimos, esta mayor autoridad que á las opiniones de Platón ó San Agustín sobre los filósofos modernos concedemos, no tiene justificación racional? ¿Es que el estudio de los clásicos antiguos sobre los modernos, no pasa de ser una rancia preocupación, que debiéramos por completo extirpar?

«Lo reconozco, lo confieso de buena fe, decía el ilustre Jovellanos, fuera necedad insigne negar la excelencia de aquellos grandes modelos. No, no hay entre nosotros, no hay en ninguna de las naciones sabias, cosa comparable á Homero y Pindaro, ni á Horacio y el Mantuano; nada que iguale á Xenofonte y Tito Livio, ni á Demóstenes y Cicerón.» Y si eran ciertas estas palabras pronunciadas por el ilustre repúblico asturiano en los albores del presente siglo, deben ser igualmente ciertas en estos tiempos en que estamos ya tocando á su ocaso. Si en tiempo de Jovellanos no había políticos como Pericles, que constituyeron el apoyo y la delicia de su patria por su profunda política y por su victoriosa elocuencia, tampoco existen hoy. Si en tiempo de Jovellanos no había jurisconsultos que rayaran á tanta altura como Cicerón, que gobernando las provincias salvaba á su patria, á la vez que desenvolvía en sus oficios y en sus academias los sublimes preceptos de la moral pública y privada, tampoco existen en nues-

tros días. Si en tiempo de Jovellanos no había quien, mejor que Horacio, presentara á los hombres en los importantes trances de su vida pública y privada; ni estudiara, mejor que Eurípides, el corazón humano en el tumulto y fluctuación de sus pasiones; ni describiera, mejor que Virgilio, las delicias y los encantos de la vida rústica; ni quien nos elevase con los sublimes raptos de Fray Luis de León; ó embelesara con los encantos del pincel como Murillo; ó nos deleitara como Lope y Calderón; ó nos hiciera reír como Moreto y Cervantes; menos, menos han de existir hoy que ningún gigante de la ciencia ni de la literatura ha aparecido en el siglo que corremos, que sea superior á los que en el siglo de Jovellanos vivían.

Y sin embargo es lo cierto que la humanidad en conjunto sabe más, mucho más de lo que sabían las generaciones de pasados siglos. Es indudable que las ciencias todas han experimentado notables adelantos. ¿De qué proviene pues aquel raro fenómeno? ¿Por qué en las obras de los modernos, con más sabiduría, hay menos genio que en las de los antiguos? ¿Por qué han de brillar más, los que supieron menos?

Meditando sobre este negocio, hemos creído hallar la causa en el ambiente de frivolidad, que la humanidad continuadamente viene respirando, desde que comenzaron á esparcirse las doctrinas enciclopedistas del pasado siglo. De entonces acá, cada día más, la vida, es vida de bullicio continuo, de agitación incesante y de incesantes afanes. Pero no afanes de lo espiritual y eterno sino de lo trivial y pasajero. No nos afanamos tanto por poseer la ciencia como por aparentar tenerla. Nos importa poco ser ignorantes, con tal que la sociedad nos aprecie como sabios. El político suspira más por el delirante entusiasmo que puede seguir á su peroración, que por el aplauso de las generaciones venideras. Hablamos mucho y leemos mucho también, pero pensamos poco y meditamos menos. Gustosos aceptaríamos obtener el aplauso de la generación que nos acompaña en la vida, aunque después de ella tenga nuestro nombre que quedar en perpetuo olvido. ¡Y extraña fatalidad! Ningún hombre eminente de verdad, ha obtenido el agradecimiento de sus contemporáneos; pocos, poquísimos que en vida fueron celebrados, lograron causar la admiración de las generaciones venideras.

Y si en medio de este ambiente de trivialidad constante en que vivimos, algún hombre singular, de grandes alientos y elevada inteligencia, despojándose de los necios afanes que á la sociedad del siglo XIX aquejan, aspira á remontarse en el puro y espacioso cielo de la verdad y de la belleza, no halla ambiente propio que respirar, y aun cuando se retire á la soledad del campo, alguna ráfaga del viento de las ciudades llega siempre hasta su solitario recinto, que contamina su atmósfera, y le impide llegar á igualar á aquellas antiguas lumbreras del genio; al igual de la planta que

por buena que sea su constitución, por sano que se encuentre su organismo, no son los frutos que da tan ópimos, si la atmósfera en que vive se halla viciada, ó si algún mal aire ha llegado á tocar sus hojas.

Por eso en las obras de los más grandes hombres de nuestro tiempo, á pesar de ser algunas de ellas excelentes, no hallamos aquella fuerza y vigor, aquella majestuosidad y grandeza, que en los genios de la antigüedad encontramos. Por otra parte, y efecto de la misma causa, se ha apoderado de la sociedad de nuestros días un prurito de imitación, que no es raro hallar aún en los mejores ingenios, y que enerva las mayores fuerzas.

Los antiguos crearon y nosotros imitamos. Ellos meditaban largas horas y á nosotros nos fatiga pensar un minuto. Ellos estudiaban en la naturaleza y nosotros, lo más que hacemos, es estudiar en ellos. Si algún día lográramos levantar un poco más la vista de la tierra para fijarla en el cielo; si lográramos atender menos á lo pasajero y efímero, y más á lo verdadero y eterno; si como ellos, estudiáramos el universo natural y racional, y contempláramos como ellos, este gran modelo, de cuanto hay de bello y perfecto, de majestuoso y grande, así en el mundo físico como en el moral; si en lugar de imitar pasajes escritos por los genios de la antigüedad, procuráramos imitarlos en sus hechos, en la manera como ellos meditaban y estudiaban; si lográramos por fin dar al eterno olvido, tantas fábulas y patrañas y supercherías, tanta paradoja, tanta inmundicia, tanta sandez y necedad como se ha amontonado en la enorme enciclopedia de la pedantería moderna; si sobre todo lográramos sacudirnos de este asqueroso número de embriones, de engendros, de monstruos y vestiglos científico-literarios, con que la parte chillona y desvergonzada de la prensa contemporánea, ha infestado la república de la ciencia y de las letras; no nos cabe duda, que poseyendo como poseemos mayores medios y conocimientos que las pasadas generaciones, habría en nuestros días no ya quien igualara, sino quien superara á aquellas ilustres lumbreras del genio, y quien hablara más elocuentemente que Demóstones, cantara mejor que Píndaro, narrara mejor que Cervantes, argumentara mejor que San Agustín y hasta demostrara mejor que Euclides.

N. P Y D.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE POLÍTICA CATÓLICA

IV

Mi querido Conrado: A la verdad que tu carta me ha desvanecido una ilusión que yo me había forjado. Al leer la última Encíclica del Papa á los Cardenales de Francia, no sólo ví en ella una comprobación clara y terminante de mis apreciaciones políticas, sino que inmediatamente me asaltó la idea de que tú verías también confirmado mi criterio por el Maestro Infallible, y que, por lo tanto, te pasarías, con bagajes y todo, al campo de la hipótesis, ó sea al de la Constitución vigente. Pero no ha sido así, por desgracia y por mal de nuestros pecados: confiesas que te ha llamado la atención la analogía, la casi identidad de mis doctrinas con las doctrinas pontificias; pero ni por esas abandonas tus viejas preocupaciones. Y aún creo que ha sido para ti contraproducente esa palpable coincidencia, puesto que aquellos miramientos que antes guardabas á la palabra del Vicario de Jesucristo, se los empiezas ahora á retirar, habiéndotelas directamente conmigo, y descargando tu mal humor contra mis afirmaciones, por más que sabes muy bien que no difieren de las del Pontífice Romano. No tienes empacho en decirme que esa aceptación sincera y leal de las situaciones políticas constituidas, por el solo hecho de hallarse sólidamente afianzadas y de garantizar el orden social, es una novedad que desautoriza á todos los partidos, á todas las dinastías, que buscan en el pasado su fundamento legal, y da bríos y alientos al espíritu revolucionario, enemigo de la tradición y de las instituciones seculares. Esto, añades, equivale á celebrar el triunfo de la revolución en el mundo moderno, y á suprimir toda esperanza de restauración regeneradora. «Novedad peligrosísima, exclamas, que sólo ha podido ocurrirsete á la vista de lo que pasa en la vecina República, y que nadie sin escándalo hubiera patrocinado unos cuantos años atrás.»

No lo creas, querido Conrado. La doctrina de mi carta anterior, que es la doctrina de la última Encíclica Pontificia, es la doctrina tradicional de la Iglesia. Y sobre esto, permíteme algunas aclaraciones. Tiempo hace que estas cuestiones están sobre el tapete. También hace tiempo que algunos escritores sostenemos estas ideas, que tú tomas por novedad. Y las sostenemos apoyándonos precisamente en la autoridad de la Iglesia. Yo mismo escribía, en 7 de Marzo del año pasado, lo que á continuación copio, y que puedes leer en un respetable Periódico que se publica en la capital de la Monarquía.

A los que nos objetan las impurezas y defectos de la hipótesis que acatamos y en que vivimos, les respondemos con las si-

güientes observaciones que tomamos de la Encíclica *Libertas*, y cuya refutación abandonamos á nuestros adversarios:

«La Iglesia, sin conceder el menor derecho sino á lo verdadero y á lo honesto, no rehuye que la autoridad pública soporte algunas cosas ajenas de verdad y justicia, con motivo de evitar un mal mayor ó de adquirir y conservar mayor bien.

Aún el mismo providentísimo Dios, con ser de infinita bondad y Todopoderoso, permite que haya males en el mundo, parte para que no se impidan mayores bienes, parte para que no se sigan mayores males.

Justo es el imitar en el gobierno de la sociedad al que gobierna al mundo; y aún, por lo mismo que la autoridad humana no puede impedir todos los males *debe conceder y dejar impunes muchas cosas que han de ser, sin embargo, castigadas por la Divina Providencia y con justicia.*» «También en esto debe la ley humana proponerse imitar á Dios, *que al permitir que haya males en el mundo, ni quiere que los males se hagan, ni quiere que no se hagan, sino quiere permitir que los haya, lo cual es bueno:* sentencia del doctor Angélico que brevísimamente encierra toda la doctrina de la tolerancia de los males.

Esa intervención de la Providencia en los acontecimientos históricos que respeta la libertad y los derechos humanos, y que *quiere permitir* situaciones, hipótesis, estados legales, creados por el hombre deficientes, viciados y no ajustados en un todo á la verdad y á la justicia, es desconocida por cuantos en España se empeñan en que el Estado ha de ser hoy lo que era 60 años atrás, lo que era en tiempos de nuestros abuelos; es desconocida por los que nada dejan á los designios providenciales, puesto que sostienen que las naciones se han de petrificar dentro del molde por ellos preferido, no reconociendo que la mano del Omnipotente pueda guiar á los pueblos por caminos desconocidos de nuestros antepasados, no admitiendo en las evoluciones de la historia contemporánea otro elemento que el elemento humano, como si Dios se hubiera retirado á la misteriosa soledad de sus brillantes eternidades y hubiera dejado al capricho del hombre el arreglo de los humanos destinos. ¿Pero qué es aquí de la intervención de la Providencia en la suerte de los individuos y de los pueblos? Si ni un solo cabello cae de nuestra cabeza sin el consentimiento de nuestro Padre celestial, ¿cómo hemos de admitir que España se haya constituido en la forma adoptada sin permisión divina?

Y puesto que Dios ha permitido el presente estado de cosas, y lo ha permitido para evitar mayor mal ó sacar de ahí un bien mayor, como enseña León XIII, ¿por qué no hemos de aceptar el hecho legal, acatando los designios providenciales, y trabajar por armonizarlo con los derechos y libertades de la Iglesia, que son ciertamente por Dios queridos?

En esa acción providencial, mediante la cual se constituyen los Estados, halla León XIII la razón del origen divino de la autoridad y de los deberes de obediencia, sumisión y lealtad. «Así como en el mundo visible Dios ha creado causas segundas que dan á su manera claro conocimiento de la naturaleza y acción divinas, y concurren á realizar el fin para el cual es movida y se actúa esta gran máquina del orbe; así también ha querido Dios que en la sociedad civil hubiese una autoridad principal, cuyos gerentes reflejasen en cierta manera la imagen de la potestad y providencia divinas sobre el linaje humano.»

Quiere el Vicario de Jesucristo que consideremos á los poderes constituidos como ministros de la Providencia en el régimen de los pueblos. «Con esto se logrará, añade la *Immortale Dei*, que la majestad del poder, esté acompañada de la reverencia honrosa que de buen grado le prestarán, como es deber suyo, los ciudadanos.

«Y en efecto, una vez convencidos de que los gobernantes, tienen su autoridad de Dios, reconocerán estar obligados, en deber de justicia, á obedecer á los príncipes, á honrarles y obsequiarles, á guardarles fe y lealtad, á la manera que un hijo piadoso se goza en honrar y obedecer á sus padres.

»*Toda alma está sometida á las potestades superiores.* (Epístola ad. Rom.) No es menos ilícito el despreciar la potestad legítima, quien quiera que sea el poseedor de ella, que el resistir á la Divina voluntad, puesto que los rebeldes á la voluntad de Dios caen voluntariamente y se despeñan en el abismo de la perdición.

»*El que resiste á la potestad, resiste á la ordenación de Dios; y los que la resisten, ellos mismos atraen á sí la condenación.* (Epístola ad. Rom.) Por tanto, quebrantar la obediencia y acudir á la sedición sublevando las fuerzas armadas de las muchedumbres, es crimen de lesa majestad no solamente humana sino divina.»

Como se ve, Dios no ha abandonado los intereses sociales al arbitrio de los poderes que ha hecho necesarios para su fomento, sino que Dios actúa en esos poderes, y existen de hecho relaciones entre los poderes humanos y la Providencia divina, que tienden al bien del humano linaje.

En las funciones del poder deben los jefes de los pueblos sustituir la acción benéfica de la Providencia; en la sumisión á la autoridad deben los pueblos proponerse honrar al mismo Dios.

El organismo social no debe funcionar, en virtud de impulsos naturales, con independencia de la acción divina, ya que ésta se ejerce mediante la acción directriz de los poderes.

Como en el mundo físico las causas segundas concurren á los designios del Creador, en el mundo moral las autoridades constituidas, que ocupan el lugar de las causas segundas, deben realizar los planes de la Providencia.

Dios cuida del humano linaje, sirviéndose principalmente de

los poderes establecidos; en el orden espiritual, de los poderes eclesiásticos; en el orden social y temporal, de los poderes civiles. «Cada individuo, añade León XIII, durante el curso incierto y trabajoso de esta mortal peregrinación hacia la patria eterna, sabe que tiene á la mano jefe y guías seguros para emprenderla, y ayudadores para acabarla; y sabe que igualmente se le han proporcionado otros que le procuren ó conserven su seguridad, su hacienda, y los demás beneficios de la vida social.»

El ejercicio de la autoridad tiene, en concepto de León XIII, algo de sagrado, algo de divino, porque refleja la imagen de la potestad y Providencia divinas.

Igual noción del poder que León XIII tenía el sublime padre Lacordaire, quien, en una de sus conferencias, hace hablar así á Jesucristo: «Poned á vuestra cabeza un cónsul, un presidente, el rey que queráis; pero tened entendido, que en el momento en que hayáis sentado vuestra magistratura suprema, entrará Dios en ella; cuando salga el poder del seno de la nación, por una florecencia natural, como crece una palmera del Líbano, yo, Jesucristo, yo descenderé bajo su sombra; yo me introduciré bajo su corteza; yo seré su sangre, su vida, su gloria, su fuerza, su duración; vosotros lo habréis hecho, yo lo consagraré; vosotros lo habreis hecho mortal, yo le quitaré el germen de la muerte; vosotros lo habréis hecho pequeño, yo lo haré grande; vosotros lo habréis hecho á vuestra imagen, yo lo haré á la mía; él será Dios y hombre como yo.»

Tu afmo. amigo y s. s. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 16 de Mayo de 1892.

GRATITUD

Entre los pecados mayores que los hombres cometen, aunque algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagrdecimiento.

CERVANTES.

Un día ¡triste! penetré del mundo
 Con vacilante paso en el recinto,
 Sin otro guía que mi ciego instinto,
 Sin otra luz que la brillante fe:
 La fe que en mi alma atesoró ferviente
 Con solícito afán madre amorosa,
 La fe que embarga un alma candorosa,
 La fe que cree sin preguntar porqué.

Sobre mi frente gravitaba el peso
 Que gravita en la frente de la infancia,

El peso abrumador de la ignorancia,
 Letargo de la mente al despertar:
 Si una oración mis labios balbuceaban
 Mis labios ignoraban qué pedían.....
 ¡Balbuceaban palabras que sabían,
 Aunque ignoraban ¡ay! lo que es orar!

Ignoraban lo que es aqueste bálsamo
 Que cura las heridas de nuestra alma,
 Cuando acude al Señor buscando calma,
 Huyendo la tormenta mundanal;
 ¡Dulce lazo que á Dios los hombres une,
 Iris de paz que se alza en lontananza
 Y torna al marinero la esperanza
 Que le arrancó del mar la ira fatal!

Mi mente aletargada no sabía
 Que, roto de ignorancia el tosco velo,
 Hallaría á su vista cual un cielo
 Cubierto de laurel y de zafir.
 Al mirar del saber el sol radiante
 Que por doquier sus rayos despedía,
 Mi alma enflaquecida no podía
 De aquel fúlgido sol la luz sufrir.

Ignoraba que un día pudiese ella
 Conocer de sí misma los arcanos,
 Y pasando los límites mundanos
 Pudiese hasta el Creador su vuelo alzar.
 Y aunque mirarle á él mismo no lograrse
 Podría al menos por doquier sentirle,
 Y entonces homenaje fiel rendirle
 Y amarle tanto cual se puede amar.

Hasta que un día la traidora niebla
 Que mi mente envolvió de noche oscura,
 Rasgóse de una estrella á la luz pura,
 Astro fecundo de piedad y amor;
 Estrella cuya llama esplendorosa
 Brilló de mi alma en la nublada noche,
 Cual brilla de la flor en puro broche
 Del alba el primer rayo encantador.

¡Bien haya aquella estrella bienhechora
 Al mágico poder de cuya lumbre
 Del alma huyó la horrible pesadumbre!
 ¡Bien haya su esplendente brillantez!
 ¡Benditos de la estrella aquellos rayos
 Cuya luz inundara el alma mía!
 ¡Bendita seas, santa Escuela Pía!
 ¡Loor á tus hijos, padres de niñez!

Ellos sembraron en el pecho mío
 De la virtud la célica semilla,....
 De la virtud que á Dios sólo se humilla,
 Que desprecia el respeto mundanal:
 No de virtud que su valor confía
 Sólo al criterio del inicuo mundo
 ¡Traje en que el hombre, en la maldad fecundo,
 Practica el bien para ocultar el mal.

A ellos debo cuanto soy:
 Y aunque en verdad vil pigmeo,
 Mi pecho enciende el deseo
 Del saber, tras el que voy.
 ¡Ojalá el que nada es hoy
 Pudiera ceñir mañana
 De gloria guirnalda ufana,
 Para deponerla ansioso
 Al que con celo amoroso
 Me enseñó en mi edad temprana!
 Entonces ¡con qué placer
 A vuestros pies depondría
 Humilde la gloria mía...
 Mas ¡ay! jamás lo he de ver;
 Porque es pequeño mi ser,
 Y tan sólo en ilusión
 Gozar puede el corazón
 De este bien tan adorado:
 ¡La gloria que siempre ha ansiado
 De mi pecho la ambición!
 Aves, que el éter cruzais
 En mil giros peregrinos,
 Prestadme los dulces trinos
 Que al Criador tributais:
 Hojas del árbol, que dais
 Dulces susurros al viento,
 Dadme vuestro grato acento,
 Vuestra célica armonía;
 Y cantará el alma mía
 Su dulce agradecimiento;
 Que aunque mi ser es pequeño,
 Es grande su gratitud,
 ¡Tan grande cual la virtud,
 Y tan dulce como el sueño!
 Jamás el letal beleño
 Que diz que el tiempo derrama,
 De olvido, que al hombre infama,
 Oscurezca mi memoria:
 Recuerde siempre mi historia
 Que gratitud me reclama.
 ¡Recuerde siempre la voz
 De la vibrante campana!
 ¡La oración que de mañana

Rasga el espacio veloz,
Llegando al Trono de Dios,
De nuestras almas nacida!
Primer albor de mi vida
Que por no volver pasaste,
¡Cómo en mi pecho dejaste
Tu dulce imagen prendida!

Si mañana del mundo por los mares
Mi nave navegase sin concierto,
Dándome el huracán su rumbo incierto,
Perdidas ya las velas y el timón;
Permite, oh Dios, que en el nuboso cielo
Perciba de esta estrella los reflejos:
Ellos me llevarán, aunque esté lejos,
Al puerto bienhechor de salvación;
Y entonces clamaré, cual ahora clamo,
¡Bendita seas, Estrella bienhechora!
¡Bendita, sí, tu lumbre salvadora!
¡Bien haya tu esplendente brillantez!
¡Benditos de la estrella aquellos rayos
Cuya luz inundara el alma mía!...
¡Bendita seas, santa Escuela Pía!
¡Loor á tus hijos, padres de niñez!

CLAUDIO PLANAS.

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

Discurso pronunciado por el Académico D. Alejandro Tornero, en la Sesión solemne dedicada al insigne novelista D. José M.^a de Pereda,

EXCMO. SEÑOR:

Trataba la ACADEMIA CALASANCIA de honrar de una manera digna el talento de un escritor insigne; quería confesar en público la admiración que le inspira quien por sus méritos y modestia sabe conquistarse puesto indisputable; anhelaba asociarse de corazón al tributo que rinde el mundo literario á un novelista esclarecido, inmejorable pintor de gentes, de cosas y de costumbres y digno sucesor de los Cervantes, Leones y Granadas, por el modo como maneja la rica y hermosa habla de Castilla; aspiraba, en una palabra, á escribir nueva página, siquiera fuese humilde, en el abultado libro de triunfos de D. José M.^a de Pereda, y por eso aprovechando la ocasión que la suerte le deparaba, organizó en pocos días la presente solemnidad, que si no responde á vuestras esperanzas, deberá achacarse á todo menos al buen deseo de los Académicos.

Y para vuestra desgracia, la acertada dirección de la misma, se acordó de mi insignificante persona, para ser uno de los intérpretes del entusiasmo de la Academia, honrada hoy con la presencia del gran novelista y con la corte de admiradores que siempre arrastran tras sí los verdaderos genios.

Y yo, que por una pérdida reciente había decidido no tomar parte por ahora en ninguna fiesta, siquiera fuese de este género, al saber el objeto de la presente acogí con cariño la invitación que tanto me honraba y haciendo añicos la promesa, decidí manifestaros alguna de mis ideas respecto de la Novela contemporánea.

*
* *

El tema se presta muchísimo manejo por cualquiera otro, pero en mis manos y teniendo que reducirlo á los estrechos límites de un discurso, necesariamente habrá de salir raquítico y miserable, como esas flores que á la fuerza nacen en los invernaderos, y que por lo mismo crecen faltas de aroma y de colores.

No era ciertamente, señores, mi pobre y sencilla frase la más adecuada para desempeñar tal cometido; por eso mi espíritu juvenil, lleno de desconfianza y de temor hubo, de resistirse ante el cuadro que en lontananza se dibujaba en mi mente, y que era muy parecido al que contemplo en estos momentos.

Pretender, señores, que mi palabra, desnuda de elocuencia y marchita de vigor, tenga colorido bastante para desarrollar bien el tema anunciado, es empresa colosal, cuando de por medio existe una barrera insuperable: mi insuficiencia.

Pero como conozco que sois sobradamente ilustrados, confío en que sereis también indulgentes, y además en que la luz que irradian los trabajos de mis compañeros, bastaría por sí sola para eclipsar los efectos del mio.

*
* *

Escusado me parece decir, que no voy á tratar en esta tarde de la novela contemporánea, tal como la practican los escritores del otro lado del Pirineo.

De hacerlo así, tendría necesariamente que presentar ante vuestra vista un cuadro desagradable y aterrador.

Ninguno de vosotros ignora, que el pesimismo es el carácter distintivo de la literatura del siglo XIX. Poetas, dramaturgos y novelistas, buscan para sus obras los asuntos más negros y tenebrosos, y si alguna vez dejan entrar en sus composiciones un resplandor de alegría, es sólo como contraste y para alumbrar los repugnantes horrores que contienen.

Para los ojos entristecidos de la mayor parte de los escritores modernos, ya no hay jardines de hermosura, ni espléndidas perspectivas, ni mares tranquilos, ni cielos sin celaje. Por el contrario, todo es sombrío en el tiempo presente: todo nos presenta cuadros doloridos y lacerados; y las páginas en que vierten sus ideas, como dice un elegante escritor, parecen estar tejidas con los mismos hilos de la tristeza.

Y es que desgraciadamente muchos escritores modernos, consideran la vida como encerrada entre dos infranqueables límites: la cuna y el sepulcro.

Sin la esperanza en la vida futura, que nos hace aceptar con gusto las miserias de la presente, las desigualdades sociales y las diferencias naturales parecen una injusticia tremenda. Faltos de esta consoladora esperanza, no pueden soportar el presente angustioso, y por eso su vida es una continuada y desgarradora elegía.

En un barco, aunque las olas furiosas lo combatan, no desaparece la alegría, si la llegada al puerto es segura ó probable al menos. Los mismos relámpagos de la borrasca, muestran la playa apetecida. Mas cuando la esperanza de tierra no anima al navegante, de poco sirve que la brisa acaricie la loma de su bajel y que las ondas besen sumisas el casco.....

El naturalismo del día, abrevándose únicamente en los raudales de inspiración de la parte más sucia de la naturaleza, impuros ya desde el primer pecado del hombre, pretesta el planteamiento de problemas sociales, religiosos y patológicos, para estudiar todas las acciones humanas como producto de la sensación, antes que del sentimiento, y presentar al hombre como bestia de brutal instinto, gozando al propio tiempo con la pintura al desnudo, los estragos del alcohol, las inmundicias de los lavaderos, las miserias del hospital, los horrores de la clínica y las nefandas obscenidades de burdeles y mancebías.

Y no le faltan apóstoles que aseguren que del aborrecimiento del vicio, que con tal descaro pone á la vista esta escuela, puede llegarse al conocimiento de las excelencias de la virtud; sin tener en cuenta, que las tales obras en su esencia no dejarán de ser rematadamente inmorales, ya que muchos las leerán más que por la moralidad que al fin puede desprenderse, por el sensualismo que estimulan sus páginas.

Un autor dramático, silbado no hace muchos años, cuando la España no era tan materialista, y agasajado en los días presentes, ha puesto en el prólogo de su última obra reformada las siguientes palabras:

«La enseñanza en el arte puede ir por dos caminos, separados en su principio, convergentes en su término. Los que toman por la derecha, van oyendo alabanzas de la virtud, contemplando alturas del deber, bellezas de honradez; los que toman por la

izquierda, van oyendo imprecaciones del vicio, contemplando destrozos de la corrupción, bajezas de la podredumbre.

Al cabo de la jornada llegan los primeros amando la virtud, los segundos aborreciendo el vicio, vértice común en que siempre resulta aborrecido el vicio por amor de la virtud, ó amada la virtud por horror del vicio.»

Si eh? ¿Cree el autor que tanto lodo y vergüenza han de estimularnos al amor de lo bello, lo bueno y lo verdadero?

¿Y para este estímulo, hace falta representarnos la existencia, precisamente por lo más vil y hediondo que en ella late?

¿No cree el autor aludido que la verdadera belleza consiste en sobreponer el fin de la voluntad, que es el bien, á todo otro estímulo, consideración ó apetito?

¿No es preferible á todas luces ir á coger la flor que nace en medio de la pradera, que la que crece rodeada de inmundicia? Aún cuidando de evitar todo contacto, se corre gravísimo riesgo de aspirar miasmas mortíferos.

Eludo más preguntas que á sí mismas se responden y razones que se caen de su peso, para demostrar lo absurdo de esa teoría.

No quiero decir con esto, que el arte deba convertirse en un sermón de moral y el artista en una especie de misionero. No. Únicamente diré, que en caso de proponerse educar, debe enseñarnos lo bueno y hacernos abominar lo malo.

Deben tener muy en cuenta los defensores del naturalismo, que no todo es prosa ruin y miserable en la vida, pues para algo está el espíritu señoreándose de la materia, y que aunque el público se componga de gran número de perversos ó viciosos, jamás por grande que sea su perversión, aplaudirá lo que tienda á ensalzar los extravíos de la materia.

Y sepan también los que ponderan las excelencias de esta escuela, que por cantar alabanzas á una literatura no deben rebajar los méritos de otra. En hora buena que Zola tenga talento y sea muy observador y muy (lo que Vds. quieran), y que todos sus discípulos sean el *non plus ultra* del cinismo y descaro, para llamar las cosas por su nombre; pero de esto á pretender que rayen á mayor altura que Lamartine y Chateaubriand, va enorme distancia.

Que la forma sea perdurable no implica la anulación del fondo, esto es, de la idea, y precisamente lo que siempre existe es lo genial; lo que no tiene en su apoyo más que el talento, eso no vive, sino que al poco tiempo se arrincona.

Podrá el gusto discutible de esta época, y sobre todo la efervescencia de la actualidad, eclipsar un tanto las manifestaciones de otras, pero al cabo, ese mismo gusto anulará á su vez las manifestaciones de la época presente, y entonces..... lo efímero perderá sus galas como flor deshojada y marchita.

En el naufragio del naturalismo, bien cercano por cierto, apenas si flotarán algunos volúmenes.

En cambio muchas obras de los antiguos, extienden sus alas luminosas sobre el fondo obscuro del siglo XIX.

Que el romanticismo haya cerrado su período, porque el gusto y la época reclamen otras formas más humanas y más en armonía con el espíritu moderno, no es razón para que sus bellezas no subsistan y se admiren; la materialidad de la vida no es lo que constituye la obra de arte; su mérito, su carácter esencial consiste en ser obra del espíritu y producto de su inspiración.

Hay que confesar con alegría, que desde hace poco tiempo se nota una reacción favorable. Cansados sin duda de remover tanto cieno y de exponerlo á la pública vergüenza, sienten impulsos hacia la perfección é inician la única tendencia salvadora.

¿Habrán sentido asfixiante la atmósfera y abrirán presurosos la ventana para respirar aire exento de impurezas?

*
* *

Insensiblemente me he ido alejando de lo que me proponía tratar, y casi á mi pesar he llegado á un punto, que no juzgo de la presente ocasión.

No era mi ánimo ocuparme de esa lucha seguida en todas partes, ni tan siquiera hablaros de los procedimientos que caracterizan á los primeros novelistas de España.

Para ello, tendría que volver sobre un asunto largamente discutido, y determinar hasta qué punto son exagerados ciertos juicios y determinadas teorías, y hacer, en una palabra, substancioso resumen de la discusión sostenida por la Pardo Bazan y Valera en sus apasionadas obras la *Cuestión palpitante* y los *Apuntes sobre el nuevo arte de escribir novelas*; y ni poseo méritos para tanto, ni la ocasión presente es muy á propósito, que digamos.

Ni os probaré que la Emilia Pardo Bazan pertenece al realismo más por teoría que por procedimiento; que Valera es el único que lucha contra los modernos; que Galdós parece arrepentirse apenas iniciado en la nueva fase, y que Pereda está á una distancia respetable de unos y de otros, sirviendo á lo sumo, según un crítico, de puente echado entre las márgenes del realismo y del idealismo.

No. Mi pretensión, aunque difícil, es más modesta y más en armonía con el carácter de la presente solemnidad.

Os voy á indicar algo de lo que yo admiro en el autor de «Escenas montañesas,» «Tipos y Paisajes,» «El Sabor de la Tierruca,» «Pedro Sánchez,» «El Bueysuelto,» «La Puchera,» «D. Gonzalo González de la Gonzalera,» «De tal palo tal astilla» y cien más que

hacen las delicias de la generación presente, y que lo mismo se encuentran en el budoir de la dama elegante que en el despacho del hombre de negocios. Y de lo mucho bueno que yo he encontrado en sus novelas, aunque de prisa os contaré algo para que si aún no habeis tenido la dicha de saborear sus producciones, las busqueis con deseo y os empapeis en sus bondades y bellezas.

Pereda es realista é idealista. Mas su realismo, según cuidó de advertir al dar á luz aquel de sus libros que ha dado pie á mayores controversias, á más distintas opiniones, y á más encontrados juicios (De tal palo tal astilla), no debe confundirse con el *naturalismo* que priva al otro lado del Pirineo; su realismo, hijo de su peculiar complexión literaria, consiste en presentar en sus libros caracteres *humanos* y cuadros de la naturaleza, dentro del decoro del arte; del arte, sí, pues no olvida un instante siquiera, que en realizar la belleza consiste la misión del artista, y que son fuentes de inspiración para éste, el Creador y cuanto de sus manos procede.

Pereda toma de la realidad para sus obras el medio ambiente en que viven sus personajes, el paisaje, pero de tal manera que aunque no hubiera asegurado que se proponía darnos una idea exacta de las gentes, de las costumbres y de las cosas del país en que hace su morada, tendríamos que confesar, que merced á sus *Escenas montaÑesas* y á sus *Tipos y Paisajes*, conocemos detalladamente aquellas comarcas, como si hubiésemos vivido, asistiendo á diario á las tranquilas y apacibles escenas que todos los días se desarrollan.

Nunca olvidaré las palabras de mi sabio catedrático de Literatura Española, conterráneo del novelista, quien al hablarnos acerca de este particular, decía:

«Yo he vivido y me he criado en un pueblo de la marina; yo que conozco á la gente que vive en las obras de Pereda, aprecio y sé hasta dónde llega el sentimiento de realidad que anima todas sus páginas.

»Lejos hoy de aquella tierra, me parece, leyéndole, que llega hasta mi olfato el perfume de el heno y demás yerbas de los prados que describe, que tengo delante los hombres, las casas, las escenas que dejé cuando niño; vuelvo á contemplar aquellos paredones sucios, con sus casuchas desmanteladas y oliendo á marisco; aquellos tintes suaves de la pleamar y el cielo rosado; aquel burbujear de la marea y aquel romper de las olas y su monstruoso desencadenamiento en las borrascas; y al saborear la escrupulosidad con que pinta hasta los movimientos, no parece sino que tengo delante aquellos personajes, y que como á antiguos conocidos podría llamarlos por su nombre.»

Ahora bien: Pereda aunque realista de corazón, idealiza hasta lo más vulgar de la vida.

Parte de la verdad. Nada hay más verdadero que la vida co-

mún que nos rodea; pero tiende al ideal, al mismo ideal que existe en lo presente, haciendo interesante la bondad y amable el amor.

Y si es cierto que cada autor lleva á sus obras un sello personalísimo; si es cierto que todo, como dice Campoamor, es del color del cristal con que se mira, debemos creer que Pereda mira las cosas á través de un cristal diáfano y puro, sin mancha alguna que haga aparecer todo negro, mas tal como es, con su parte buena y sus defectos naturales.

Las historias de amor que pinta en sus libros, no siguen el método moderno, ó sea la apología de la pasión adúltera ó del abarraganamiento, sino los antiguos y clásicos modelos, que describen el amor conyugal y las dulzuras del amor idealizado.

Sus protagonistas son ó un marido y una esposa que representan sencillamente el tipo común del marido y la mujer, ó dos jóvenes que como en Nubes de Estio cifran su única ventura en unir sus corazones que hace tiempo laten al unísono.

Y el arte indefinible del autor, al bordar su narración con detalles preciosísimos y al esfumarla con bellezas y tonos delicados, hace que estas historias y estos amores, resulten verdaderos é interesantes.

*
* *

Galdós en el prólogo, ó mejor dicho, especie de biografía que puso al *Sabor de la Tierruca*, aseguraba que una de las mayores dificultades con que tropieza la novela en España, consiste en lo poco hecho y trabajado que está el lenguaje literario, para asimilarse los matices de la conversación corriente.

Pues bien: si el caballo de batalla del escritor moderno es manejar con habilidad y buen tino el lenguaje común, sin desprestigiar por ello el idioma de Cervantes, tendremos que afirmar, que ninguno ha llegado á la altura de Pereda, y que nadie como él sabe usar y componer en ese estilo llano, que bajo su pluma truécase en literario y artístico.

Alguien ha dicho que abusa de los caracteres vulgares; mas los que tal sostienen andan bastante torpes al no acordarse de su terminante declaración, «no me propongo otra cosa que presentaros el mareante santanderino.» Además deben tener presente, que no puede sostenerse tal afirmación, ya que el novelista, aporta á sus obras otros distintos elementos.

*
* *

No falta tampoco quien achaque que *Pedro Sánchez* peca de exagerado, porque la tesis de la obra parece encerrarse en la demostración de que la aldea, con su vida sosegada y de rancias

costumbres, es superior al vertiginoso existir de los pueblos civilizados y cultos.

Y á los tales contestaré yo por mi parte, que no recuerdo haber disfrutado días más tranquilos que los de mi pueblo, donde no hay calles tiradas á cordel, ni carretelas ataviadas con el refinamiento del lujo moderno, ni fondas apetitosas, ni cafés iluminados, ni todas esas galas de la opulencia, del fausto y del poder.

¡Qué dato tan elocuente en favor de la tendencia de Pereda, el contraste que hay entre la vida del apartado rincón de una aldea, con la de las grandes capitales!

Aquí donde se vive como en un mar tempestuoso y agitado, donde el mañana es nunca, donde hierbe con febril agitación esa sociedad que se mueve á escape, como si alguien la persiguiera, leyendo constantemente en las esquinas de las calles: *al baile, á los toros, al teatro*; aquí donde innumerables cafés desafían á cada paso la tentación del transeunte, mientras los escaparates regalan la vista con los últimos caprichos de la voluble moda; aquí donde la obscuridad se sustituye por las refulgentes luces del gas, aquí siempre falta un vacío que llenar, siempre se aguarda con impaciencia el *debut* de un artista, la aparición de algún nuevo espectáculo de los que forman el catálogo interminable del museo de las diversiones.

Allí en cambio, hay espíritus más serenos, brilla la alegría en todos los rostros y los corazones latén con más tranquilidad, y es que allí no ha llegado aún el hervidero tumultuoso de la civilización. No tienen bolsa, ni ruleta, ni lotería; únicamente poseen el verdadero filón del trabajo, no arriesgando las seguridades de su porvenir, á la ventura de una carta, á la vuelta de una bola ó al azar de una combinación estudiada.

*
* * *

La buena descripción es otro de los escollos en que casi siempre tropiezan los autores de novelas.

No hay cosa que canse y anonade tanto, como una descripción larga, si no está hecha por mano experta.

Y tanto es así, que lectores poco impresionables pasan por alto muchas páginas de los libros repletos de minuciosidades respecto de las cosas más consuetudinarias de la vida.

Pues bueno. La descripción que hace Pereda en su *Sotileza* de una borrasca en medio del mar, os entusiasma de tal suerte, que no dejaríais la lectura á tres tirones, y cuando llegais al punto en que un abismo se abre bajo la quilla del barquichuelo, donde va Andrés, y el barquichuelo se hunde y reaparece y cabalga en el lomo de la encrespada ola, al impulso de los remeros, héroes empujados ora al abismo ora á la esperanza, por el hijo del capi-

tán de la Montañesa, y en el lomo de la ola se precipita atravesando la rompiente en el punto de salvación, entre la ansiedad de los que contemplan la lucha desde lo alto de la berda; cuando llegais al punto culminante, digo, en que el padre de Andrés, con los brazos abiertos, el sombrero en la mano y la espesa y blanca cabellera revuelta por el aire de la tempestad clama

¡HIJO, HIJO!

entonces la emoción os sube al rostro, el párpado se humedece y prorumpís en un ¡vitor! que no se sabe si va dirigido á la barca que acaba de sortear las furias del galernazo, ó al novelista que con tal arte, con tal galanura y precisión os ha tenido con el espíritu absorto y pendiente de sus palabras.

*
* *

¿Os hablaré ahora de otras cosas á él referentes, por ejemplo, de que es dueño absoluto del lenguaje, que dócil y sumiso se presta á las exigencias de su voluntad? ¿De la difícil facilidad con que sabe apoderarse del pensar y sentir de todos y cada uno de los personajes que intervienen en sus ingeniosísimas obras, joyas de inestimable valor de la literatura contemporánea?

No, señores. Que si á buscar bellezas fuera en las pinceladas con que imprime su sello personal y talentoso, las encontraría á borbotones... y ni quiero abusar más de vuestra fatigada atención y ni privaros del placer que os resulte de vuestras propias y personales impresiones, preferibles siempre á la apreciación ajena.

Es forzoso terminar. He indicado alguna de las observaciones que me sugieren las obras de D. José María de Pereda, á la manera que el ave de paso recorre los campos de su *transmigración*, que si se pára un instante en la rama de un árbol á tomar aliento, tiene luego que apresurar su vuelo para llegar al punto deseado.

Doy por concluída la misión encomendada, pero antes de descender de este sitio, séame permitido dirigir una súplica al festejado.

Nunca podía haber soñado el honor de dirigir mi insignificante palabra en una solemnidad abillantada con vuestra presencia, y por eso mis palabras han salido temblorosas y mi turbación ha sido tan manifiesta.

Si en el curso de mi pobre oración habeis encontrado burdos defectos, achacadlos á mi ignorancia y perdonadlos generoso, ya que proceden de uno de vuestros más fervientes admiradores.

HE DICHO.

